

Primeras letras

Este espacio está dispuesto para la publicación de escritos cortos de estudiantes de primeros años de carrera, adscritos a la Facultad de Ciencia y Tecnología. Invitamos a todos aquellos que cultivan el gusto por la comunicación escrita a iniciar la huella de la escritura y participar con sus textos en cualquier género de escritura.

El poeta y el visitante

Dunkan Estrada*

En el pintoresco pueblo de Clindet vivía un viejo poeta, quien era repudiado por los demás miembros de su comunidad, puesto que poseía una personalidad arrogante, esquiva e indiferente; una actitud que había adoptado desde muy temprana edad, ya que ni en su niñez, juventud y adultez la vida le sonrió. Consideraba a sus poemas firmes aliados, compañía y felicidad. Su pasión por la poesía era obsesiva, pues ni un día conseguía abstenerse de escribir durante largas horas. Vivía en una desagradable cabaña lejos del pueblo, donde pasaba la mayor parte del tiempo, ya que le disgustaba el sonido que producían las personas al hablar. Todo el tiempo permanecía allí, excepto cuando esporádicamente salía a comprar un poco de comida e ingentes cantidades de alcohol.

En una noche de abundante neblina, en la que el frío y el silencio reinaban, Freud, o “el Loco” Freud, como se le conocía en su comunidad, llevaba cuarenta y dos horas sin comer, beber ni dormir, inmerso en sus largas jornadas de escritura. Estaba exhausto, casi moribundo, tratando de descansar mientras contemplaba la oscura y lúgubre noche. Nada hacía presagiar que esta sería diferente a las anteriores.

De repente, el anciano poeta escuchó que alguien tocaba a su puerta de manera ruda y desafiante.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —preguntó Freud, fastidiado por los molestos golpes en su portón.

Una voz grave e intimidante respondió:

—¡Soy yo!

—¿Quién? —preguntó Freud, nuevamente.

—¿No me reconoces? —dijo aquella voz en tono enigmático.

Freud abrió la puerta con rapidez para descubrir al portador de esa familiar voz, pero no reconoció a aquella presencia sombría que vestía una gabardina negra y permanecía inmóvil en la entrada de su choza. Sin embargo, al observar con mayor detenimiento a aquella figura, sintió cierta conexión.

* Estudiante de Licenciatura en Física, apasionado por la literatura y la ciencia. Matrícula de Honor (2020-1), autor del cuento “Ante el fin del mundo” publicado en *Pre-Impresos Estudiantes* n.º 17 (2020). Ponente en eventos académicos como 2do Congreso Internacional de Investigación y Enseñanza de la Física, Salón de la Ciencia 2022 y 2023, y PraxisFest 2022. Participó en el v Encuentro Internacional de Matemáticas y Física (EnMaFi-2020), además en el Eje 01 Pedagogía y Didáctica, en el marco de la Semana de la Investigación y la Proyección Social 2020 y en el Congreso Nacional de Enseñanza de la Física y la Astronomía, versiones x (2020) y xi (2022). Fue participante en el taller literario “Lenguaje secreto: Literatura y Creación para reafirmar la vida” y realizó los cursos con constancia de la UNAM “¿Emociones al límite? Prevención de autolesiones y suicidio” y “Herramientas básicas de Microsoft Office 2010. Excel”. dsestradaf@upn.edu.co

—¡No te conozco! —mintió Freud, confundido al estar cada vez más seguro de distinguir a esa figura espectral, pero sin recordar por qué.

—¿No te acuerdas de mí? Somos viejos conocidos —respondió la extraña silueta, mientras cruzaba la entrada y se sentaba en una de las escasas sillas que tenía la pequeña cabaña de Freud.

—¿Qué deseas? —preguntó Freud con voz desconfiada y cortante.

—¿Qué tienes para darme? —mencionó el extraño.

Freud no terminaba de comprender las intenciones de ese oscuro personaje al formular esa pregunta.

—¿Qué tienes para entregarme? ¡Debes tener algo! —pronunció en un tono de voz cada vez más bajo y fantasmal.

Aún estaba tratando de discernir lo que decía aquella espeluznante presencia, cuando de repente se levantó del asiento y le lanzó una gélida mirada que dejó petrificado a Freud.

Casi de inmediato, Freud tuvo una chispa de lucidez y reconoció el rostro de aquel ser que le producía un terror metafísico.

Titubeante, Freud se dirigió al extraño:

—¡Ya sé quién eres! Vi tu rostro en la guerra cuando mis compañeros caían abatidos por las balas enemigas, también te vi a través de los ojos de mi esposa mientras su alma se escapaba de su cuerpo, a causa de la maldita enfermedad que la torturó desde joven.

—Pero... ¿qué quieres de mí, Muerte?

—¡Dame lo que tengas! —insistía la Muerte.

—¡Maldita sea! No puedo entender lo que me pides —expresó Freud con furia.

La Muerte al ver que Freud no intuía por sí solo lo que trataba de revelar, le requirió:

—¿Tienes bondad que me puedas ofrecer?

El Loco Freud, al escuchar esa pregunta, recordó cuando de camino a la licorera de su pueblo, se cruzó con una señora aparentemente muy maltratada por la vida, que pedía limosna a todo aquel que pasara por su lado. Alcoholizado, Freud la escupió y siguió su camino indiferente.

—No, no tengo —respondió Freud, mientras miraba el mugriento piso de su cabaña.

—¿Me puedes ofrecer amor? —preguntó la Muerte en tono amenazante.

—¡Tampoco tengo eso, Muerte! —le espetó Freud al recordar a su esposa a la que tanto maltrató física y psicológicamente. A quien le había sido infiel incontables veces e ignoraba por completo cuando se sentaba a escribir sus poemas en un rincón de su casucha.

—Acaso tendrás...

—¡No tengo lo que buscas! —interrumpió Freud con una melancólica voz que apenas podía controlar para no romper en llanto.

—No me quedaría con nada, si hoy te llevara —declaró *La Muerte*.

El Loco Freud no pronunció palabra alguna, y todo estuvo en silencio por un breve momento. Él sólo pensó en todo lo que pudo haber hecho para no estar en esa situación, creyendo que era demasiado tarde para corregir sus errores.

Durante ese instante de silencio abrumador, el Loco Freud reflexionó sobre todas las oportunidades perdidas y las decisiones erróneas que lo habían llevado hasta ese punto.

En un gesto enigmático, la Muerte se alejó de la cabaña, dejando en el aire una extraña sensación, como si hubiera visto algo en Freud que le hacía pensar que había esperanza para un cambio en su destino, mientras le decía:

—Aún no vendrás conmigo, pero espero que la próxima vez tengas algo para ofrecerme. ¡Adiós! —dijo la Muerte al marcharse.

El Loco Freud esbozó una sonrisa que hacía mucho tiempo había dejado en el olvido. Pensaba en que la próxima vez que regresara su vieja y enigmática amiga, sí tendría algo

para ofrecerle. Entre tanto, observaba cómo la figura de la Muerte desaparecía en la neblina que atrapaba la oscuridad de aquella noche.